

Y, a renglón seguido, anota:

“Entramos en el mundo de Eugenio María de Hostos para conocer su vida como cumplimiento del deber y para entender su afán por la justicia y la dignidad humana.” (pág. 11)

Isabel Freire de Matos. Hostos para la juventud. Model Offset Printing I, San Juan, Puerto Rico, 1989. 166 págs.

Hostos para la juventud es fruto del cariño, de la reverencia y de la erudición de una insigne pedagoga hostosiana: Doña Isabel Freire de Matos, fundadora y directora de una escuela infantil, bajo el nombre y el patrocinio del prócer isleño, de este caudaloso soñador del vivir, al que llamaría, como síntesis de otros sobrenombres, el caballero de la dignidad.

Como fruto de tales raíces, se trata de un libro bien organizado, es decir, bien pensado y bien hecho: objetivo, didáctico, orientador, ameno; un libro que traza la acción patriótica del político y que resume, a la vez, magistralmente, el ideario del maestro. En el fondo, pues, una introducción muy lograda y muy entrañada para entender la vida y la obra del gran líder hispanoamericano. Y más, acaso, que una introducción, un manual de hostosianismo y de sabiduría isleña; un manual que se puede leer, al par que como una biografía, como una autobiografía espiritual, ya que se nutre y se sustenta substancialmente de su pensamiento: de citas entresacadas de su obra y entretejidas con juicio crítico, con habilidad y maestría.

En su mensaje al joven lector, describe así su producto la autora:

“El libro es a manera de pequeña enciclopedia, en torno al insigne patriota, luchador constante por la libertad de las Antillas y por el progreso de los pueblos latinoamericanos.” (p. 11)

De esa dignidad que se cifra, como él escribiera, en ser bueno; porque “el hombre no es hombre, si no es bueno”.

Tiene, pues, la educadora, a la hora de componer su libro, una clara finalidad didáctica, propósito y cualidad que se advierten a lo largo de toda su exposición y que, junto a la documentación gráfica, a su sabor idealizante y a la impregnación de la patria, lo convierten en un hermoso texto, no sólo para la juventud, sino para cualquier necesitado de ideales.

Como escrito por una pedagoga y como dirigido a los jóvenes, se incrustan en él anécdotas relevantes, observaciones pedagógicas, referencias poéticas y dramáticas, esquemas, encuadramientos topográficos y culturales y otros recursos del saber magisterial que enmarcan donosamente las correrías y los proyectos del prócer por las diversas repúblicas americanas.

Muchas son las sorpresas que reserva este libro al lector, incluso al iniciado, ya que supone una investigación cuidadosa, tanto en los aspectos intrahistóricos como en los de la ideología.

Uno de estos aspectos, acaso el más relevante, es el del peregrinaje o éxodo de Hostos y su familia por las dos Américas: sus peripecias, sus dificultades, su dinamismo asombroso. En cada país le impresionan cosas diferentes. En Colombia, por ejemplo, el contraste entre su riqueza natural y la pobreza de la industria y del comercio; en Panamá (1870) le sobrecoge, gozosamente, la idea del Pacífico, como “el mar de la paz, unificador de las civilizaciones contradictorias” (pág. 44) en el futuro. En Perú, “la preponderancia de los indígenas o amerindios (quechuas y aymarás) y de los mestizos” (pág. 45); en Chile, el vanguardismo y progresismo cultural, que de alguna manera los vincula a su clero “el más ilustrado, el más tolerante ..., el más respetado... y el más disciplinado de toda la porción latina del continente.” (pág. 48); en Argentina

(1873), el ambiente europeizante; en Brasil, la naturaleza, la vegetación tropical, la similitud vital con Puerto Rico.

Lo que al lector le cautiva durante todos estos viajes que tienen como propósito primordial la lucha por la independencia de Cuba, la solución política de Puerto Rico y la implantación del ferrocarril como medio de unificación y de progreso por toda la América del Sur -la primera locomotora que pasó los Andes llevó el nombre de Hostos- es su modo de ganarse la vida, que es, exclusivamente, con la pluma, con su inagotable dinamismo como escritor y como traductor para distintas firmas editoriales, sin venderse jamás a determinados intereses plutocráticos que querían comprar su conciencia. ¡Cuántos ejemplos de dignidad en este sentido!

Otro de los aspectos que resalta es su conciencia de antillanía, sin mengua de su panamericanismo bolivariano. Como observa la autora, Hostos “pensaba siempre en términos de la unión de Latinoamérica”. (pág. 43) Y, dentro del americanismo, su visión positiva del mestizaje, esa “tendencia hacia la solidaridad” que atribuye a la simbiosis de las tres razas -taína, española y africana- de la que él era producto. Como en su “Viaje al sur” anotaría: “La población era un verdadero laboratorio de química social” (pág. 45). Según doña Isabel, Hostos, a diferencia de otros pensadores de la época, pongo a Sarmiento por caso, “creía que el porvenir de América estaba en la fusión de las razas”, y que el mestizo era “la esperanza del progreso”. (pág. 46).

Pero, entre las dos fases fundamentales de su vida -la política y la magisterial (1879-1902), las dos bastante extrovertidas- hay un capítulo de introversión y de intimidad que el lector agradece a la autora el haberlo develado: es el capítulo del corazón. Ver a Hostos como amante, como esposo y como padre de familia numerosa es algo que no brindan, de ordinario, los estudios sobre él, más atentos, al fin, a su pensamiento y a su acción patriótica, que a estas aparentes nimiedades que son las que en realidad nos revelan la verdadera idiosincracia de las personas. En su caso, como en el de Unamuno, este capítulo resulta hondamente emotivo y motivacional.

Pero la máxima actualidad, acaso, de estas

páginas radica en la similitud de inquietudes entre su época y la nuestra. Hoy, de cara al plebiscito que se proyecta, se ventilan, curiosamente, los mismos problemas, las mismas alegaciones, intereses y recelos que ayer. Por eso sería bueno que la juventud lo leyera, a fin de hacer más responsable su decisión. Porque también Hostos, tras la invasión americana, esperaba un plebiscito que resolviera la situación política de la Isla. Pero el plebiscito deseado no se realizó. Y en su lugar se impuso de nuevo la colonia. Y Hostos era anticolonial. Eso sí, el anexionismo no era para él liberación, sino absorción.

Los aspectos sorprendentes -su similitud dinámica con Martí, su sentido naturalista, su relación con el Padre Vigil, que trabajaba como bibliotecario en Lima. - (“¡Quién sabe -observa Doña Isabel- si en sus archivos estarán los artículos que dejó Hostos en Perú”) (pág. 46)-, su condición de músico y otras curiosidades más taracean amena y eruditamente toda la obra.

Hostos para la juventud, libro digno de todas las bibliotecas, se cierra con tres corolarios o apéndices -aforismos, bibliografía y glosario de términos- que ubican y avalan la dimensión pedagógica del mismo. Lo único que lamenta el lector, tras su agradable y provechosa lectura, son los errores tipográficos. Pero esto es harina de otro costal. Aunque no estaría mal que los tipógrafos del país optaran por más severidad en este punto.

Javier Ciordia
UPR - Ponce
